

Francisco Carreño, pintor en Roma

Hay ciudades que son importantes y pasan; otras son para siempre. Roma es una ciudad que permanece, Roma es eterna. Y hay algo, un magnetismo, que vincula a cualquier visitante de Roma con su paisaje, su arquitectura, su tradición y sus símbolos, algo que hace que permanezcamos en ella, que se introduzca en nosotros. Roma sigue, en gran medida, siendo la ciudad que fue, conserva la gran fuerza de su enorme pasado junto al aroma cotidiano de la vida. La tradición se mezcla espontáneamente con la modernidad, propiciando un espacio intemporal. Es dicho espacio el que Paco se decide a explorar en su pintura. Una pintura relacionada con la memoria y el mundo clásico, una pintura donde se plasma la indescriptible riqueza de Roma, uno de los símbolos del pensamiento universal del ser humano.

Me alegra pensar que el germen de esta exposición nace, en alguna medida, de mi encuentro con Paco en Roma, en la primavera de 2005. Ya nos conocíamos desde hacía tiempo y nuestra amistad se había alimentado de la especial sintonía que manifestábamos en nuestro concepto de figuración, tradición y lenguaje, en definitiva, de la tarea del pintor. Siento un enorme respeto por Carreño, por su obra cada vez más madura que, sin dejar de buscar una voz propia, no rehuye indagar sobre el mundo clásico. En un momento en que la tecnología y los nuevos soportes parecen imponerse en ocasiones a los modos de expresión tradicionales, me llena de alegría saber que alguien muy joven se bate porque la pintura con mayúsculas permanezca viva. En la obra de Paco, Roma simboliza a la perfección este compromiso con la pintura, como ciudad que representa un eslabón del occidente clásico desde la Antigüedad hasta nuestros días.

Pedro Cano, *Roma febrero 2006*